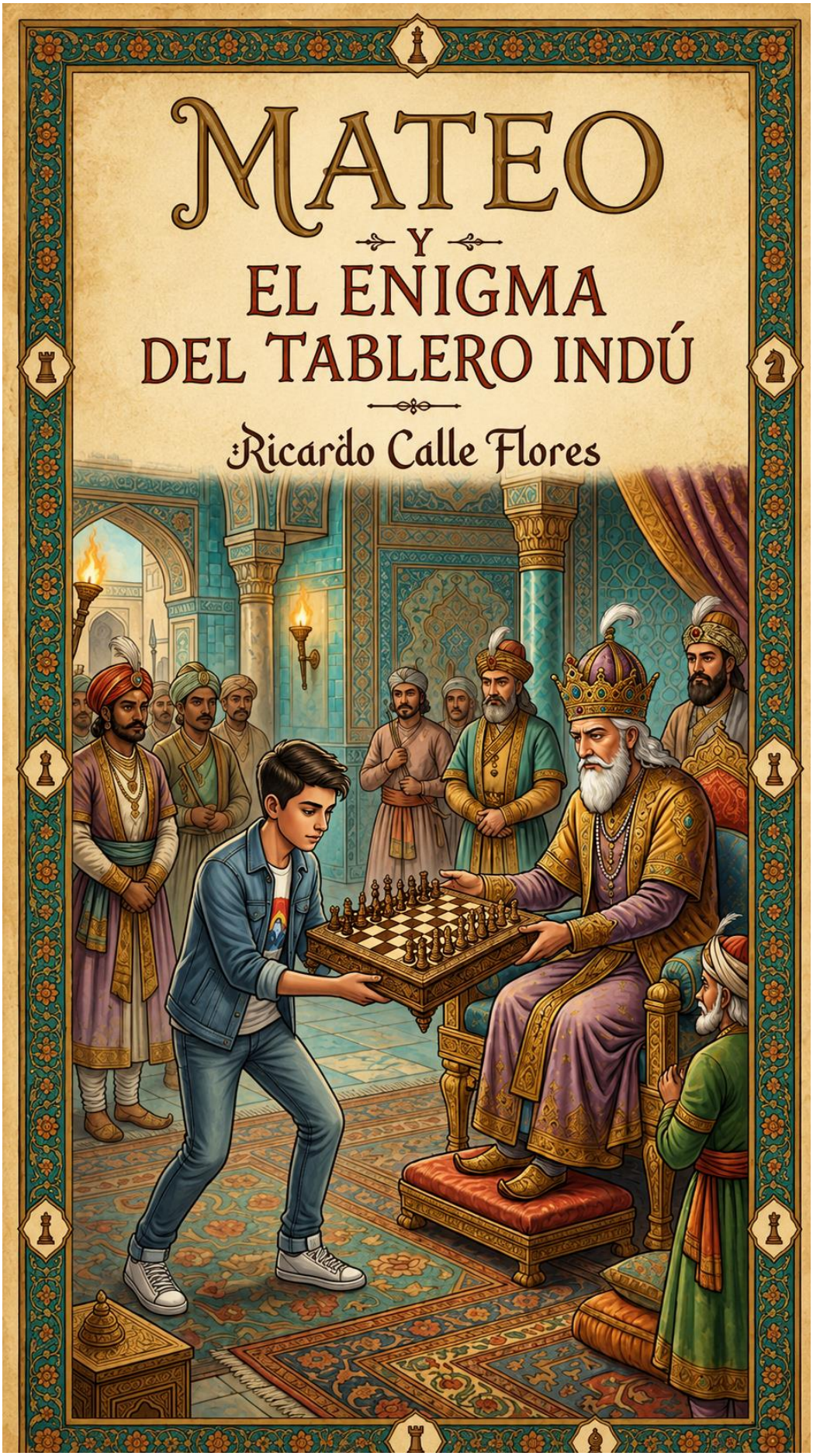
# MATEO

## Y

# EL ENIGMA DEL TABLERO INDÚ

Ricardo Calle Flores



# Capítulo 1. El desafío del tablero

Un instante antes, Mateo estaba frente a su tablero de ajedrez. Al siguiente, apareció en una inmensa sala de piedra, bajo una cúpula adornada con arabescos persas. Respiró hondo. Había viajado al pasado.

Si estaba allí, era por una razón. Pronto lo descubriría.

Frente a él se alzaba el trono del poderoso rey Cosroes. A su lado esperaban los sabios de la corte. Mateo avanzó con el corazón acelerado, llevando entre las manos un tablero de madera.

—Mi señor, el rajá de Kanauj, os envía este presente —dijo con una respetuosa inclinación—. Si vuestros sabios descubren el secreto de este juego, la India entregará el tributo prometido. Pero, si fracasan, será Persia quien deba pagarlo.

Un murmullo recorrió el salón.

Sobre el tablero descansaban treinta y dos piezas finamente talladas: elefantes, caballos, carros de guerra, soldados y dos reyes enfrentados. A simple vista parecía un juego. Pero escondía un misterio.

El rey Cosroes observó a Mateo con atención.

—¿Tú conoces ese secreto?

Mateo sonrió.

—Solo puedo decir que este juego enseña algo que todo gobernante debería aprender: no siempre vence quien ataca primero, sino quien piensa varios movimientos por delante.

Con una señal, cuatro porteadores entraron cargando un pesado cofre de bronce.

—Aquí hay oro y plata como adelanto del tributo. Y fuera del palacio esperan caravanas cargadas de telas, especias y riquezas. Todo será vuestro si resolvéis el enigma antes de tres días.

El silencio volvió a apoderarse del gran salón.

El rey comprendió que aquel tablero no era solo un regalo. Era un desafío que podía decidir el futuro de dos reinos.

Mateo respiró aliviado. Había cumplido su misión.

Ahora el verdadero juego estaba a punto de comenzar.

# Capítulo 2. La misión de Mateo

Aquella noche, Mateo no pudo dormir. Desde la ventana de su habitación veía las antorchas iluminar el gran palacio, mientras pensaba en todo lo que había ocurrido.

—¿Y ahora qué hago? —se preguntó en voz baja.

Entonces recordó las palabras que había escuchado justo antes de viajar en el tiempo.

"Puedes mostrar el camino, pero nunca recorrerlo por ellos. Si lo haces, la historia cambiará y el ajedrez quizá nunca llegue al mundo que conoces"

Hasta ese momento había creído que solo era un sueño. Pero ahora todo tenía sentido.

Su misión no consistía únicamente en entregar el tablero al rey Cosroes, eso estaba claro. Pero, ¿Qué significaba aquello de “mostrar el camino, pero nunca recorrerlo por ellos”?

Entonces supo cuál era su misión: debía conseguir que los sabios de Persia descubrieran el verdadero valor del Chaturanga por sí mismos. Si fracasaban, el juego sería olvidado y el mundo que él conocía cambiaría para siempre.

Mientras intentaba ordenar sus ideas, alguien llamó a la puerta.

Era Bozorgmehr.

El sabio observó el tablero con atención antes de hablar.

—He pasado horas estudiando estas piezas, pero siento que me falta algo. No es un simple juego... ¿verdad?

Mateo sonrió.

—No. Cada pieza guarda una enseñanza.

Bozorgmehr tomó un peón entre los dedos.

—¿Y qué puede enseñarme esta pequeña pieza?

Mateo la colocó en el centro del tablero.

—Mucho más de lo que imaginas. Un peón parece débil, pero cuando avanza con paciencia puede abrir el camino para todos los demás. A veces, las piezas más humildes son las más importantes.

El sabio permaneció pensativo.

—Entonces este juego no habla solo de batallas.

—Habla de las personas —respondió Mateo—. Un buen rey no gana solo. Necesita que cada uno ocupe el lugar donde puede dar lo mejor de sí.

Bozorgmehr asintió lentamente.

—Empiezo a comprender.

Cuando el sabio se marchó, Mateo volvió a mirar el tablero.

Habían dado el primer paso.

Pero aún quedaban muchos secretos por descubrir antes de que terminaran los tres días.

# Capítulo 3. El secreto del peón

A la mañana siguiente, Bozorgmehr esperaba a Mateo en el gran salón.

El tablero seguía en el mismo lugar. Nadie se había atrevido a mover una sola pieza durante la noche.

—He pensado mucho en lo que dijiste —comentó el sabio—. Si cada pieza tiene una enseñanza, quiero empezar por la más sencilla.

Tomó un peón entre los dedos y lo levantó.

—Dime, Mateo, ¿por qué un rey llevaría a la guerra una pieza tan pequeña?

Mateo no respondió de inmediato.

En lugar de eso, colocó el peón en el centro del tablero.

—Antes de darte mi respuesta, quiero hacerte una pregunta.

Bozorgmehr sonrió.

—Adelante.

—Si fueras el rey, ¿con qué pieza comenzarías una partida?

El sabio observó el tablero.

—Con la torre. Es fuerte.

Mateo señaló el pequeño peón.

—¿Y si la respuesta fuera esta?

—¿El peón?

Mateo lo hizo avanzar un solo paso.

—Parece el más débil. Solo avanza despacio y jamás retrocede. Pero observad lo que acaba de hacer.

Bozorgmehr inclinó la cabeza.

Ahora el peón ocupaba el centro del tablero.

De pronto, el caballo tenía más espacio para saltar.

El elefante podía salir.

Las demás piezas empezaban a encontrar caminos.

El sabio abrió los ojos con sorpresa.

—¡No era el peón quien necesitaba ayuda... eran las otras piezas!

Mateo sonrió.

—Exactamente. A veces, el movimiento más importante no es el más espectacular, sino el que permite que todos los demás puedan actuar.

Bozorgmehr permaneció unos instantes en silencio.

Luego dejó el peón sobre el tablero con mucho cuidado.

—Empiezo a entender el secreto del Chaturanga. Este juego no habla de las piezas más poderosas. Habla de cómo trabajan juntas.

Mateo sintió una pequeña alegría.

Era el primer paso.

Todavía quedaban muchos secretos por descubrir, pero el enigma comenzaba, poco a poco, a revelar sus respuestas.

# Capítulo 4. El salto del caballo

Solo quedaban dos días.

Bozorgmehr había pasado la mañana moviendo las piezas una y otra vez. Sin embargo, cuanto más practicaba, más preguntas aparecían.

Cuando Mateo llegó al salón, encontró al sabio mirando fijamente un caballo de madera.

—Hay algo que no comprendo —dijo Bozorgmehr—. Todas las piezas parecen seguir un camino ordenado. Pero este caballo... rompe las reglas.

Mateo tomó la pieza sin responder.

—¿Qué harías si un río bloqueara tu camino? —preguntó.

—Buscaría un puente.

—¿Y si el puente estuviera destruido?

Bozorgmehr pensó unos segundos.

—Buscaría otro camino.

Mateo sonrió.

—Exactamente.

Colocó el caballo detrás de una fila de piezas. Luego hizo saltar el caballo por encima de todas ellas.

—Ese es el secreto del caballo. Cuando todos creen que existe un solo camino, él demuestra que siempre puede haber otro.

El sabio permaneció unos instantes en silencio.

Después levantó la vista.

—Entonces el Chaturanga enseña que los problemas no siempre se resuelven con fuerza.

—Así es —respondió Mateo—. Muchas veces se resuelven con imaginación.

Bozorgmehr volvió a contemplar el tablero.

Primero había descubierto que hasta la pieza más humilde podía cambiar una partida.

Ahora comprendía que la inteligencia también consistía en mirar donde los demás no miraban.

Mateo sonrió para sus adentros.

El enigma seguía sin resolverse.

Pero el tablero ya estaba empezando a cambiar la forma de pensar de todos los que se acercaban a él.

# Capítulo 5. Cuando todo parecía perdido

Al amanecer del tercer día, el ambiente en el palacio era muy distinto.

Los escribas hablaban en voz baja.

Los soldados evitaban mirar el tablero.

Y el rey Cosroes caminaba de un lado a otro con el ceño fruncido.

El tiempo casi había terminado.

Bozorgmehr respiró hondo.

Durante dos días había estudiado cada pieza. Estaba convencido de haber descubierto el secreto del Chaturanga.

Pidió permiso para hablar.

—Majestad —dijo con seguridad—. Creo haber comprendido este juego.

Todos guardaron silencio.

El sabio señaló el tablero.

—El peón nos enseña la paciencia. El caballo, la imaginación. Cada pieza posee una virtud distinta. Ese es el secreto.

El rey volvió la mirada hacia Mateo.

El muchacho permaneció inmóvil.

Después de unos segundos, negó suavemente con la cabeza.

Bozorgmehr sintió un nudo en el estómago.

—¿Me he equivocado?

Mateo se acercó al tablero.

Sin decir una palabra, tomó todas las piezas y las colocó separadas unas de otras.

Luego preguntó:

—¿Puede comenzar la partida ahora?

Nadie respondió.

El sabio observó el tablero durante un largo instante.

Las piezas seguían allí.

El rey.

La torre.

El caballo.

Los peones.

No faltaba ninguna.

Y, sin embargo...

Algo estaba mal.

Bozorgmehr cerró los ojos.

Había estudiado cada pieza por separado.

Pero nunca había pensado en ellas como un equipo.

El reloj de arena dejó caer los últimos granos.

El rey suspiró.

—El tiempo se acaba.

Un pesado silencio llenó el salón.

Mateo sintió un escalofrío.

Si Bozorgmehr no encontraba la respuesta antes del atardecer, el desafío se perdería.

Y quizá también desaparecería el futuro del ajedrez.

Por primera vez desde que había llegado a Persia, pensó que su misión podía fracasar.

Miró el tablero una vez más.

Las piezas seguían esperando.

Como si ellas también supieran que aún faltaba descubrir el secreto más importante.

# Capítulo 6. El verdadero secreto del tablero

El sol comenzaba a ocultarse cuando el rey Cosroes volvió a reunirse con toda la corte.

El reloj de arena estaba casi vacío.

Nadie hablaba.

Bozorgmehr permanecía inmóvil frente al tablero.

De pronto, levantó la vista.

—Majestad... creo que ahora lo entiendo.

El rey hizo un gesto para que continuara.

El sabio no tocó ninguna pieza.

En cambio, recorrió el tablero con la mirada, como si lo viera por primera vez.

Después habló con voz serena.

—Creí que el secreto estaba en el peón. Luego pensé que estaba en el caballo. Después busqué la respuesta en cada una de las piezas... y me equivoqué.

Mateo sonrió en silencio.

Bozorgmehr continuó.

—El verdadero secreto no pertenece a ninguna pieza.

Se hizo un profundo silencio.

—Pertenece al tablero entero.

Los presentes se miraron sin comprender.

El sabio tomó un peón y lo colocó en su lugar.

Luego hizo lo mismo con el caballo, la torre, el elefante y el rey.

—Cada pieza tiene una fuerza distinta. Ninguna es mejor que otra. Todas son necesarias.

Miró entonces al rey Cosroes.

—Un reino tampoco se sostiene gracias a una sola persona. Necesita soldados valientes, consejeros sabios, artesanos pacientes, mensajeros rápidos y un rey capaz de escuchar a todos.

Mateo sintió un nudo en la garganta; Bozorgmehr había encontrado la respuesta. No porque alguien se la hubiera dicho, sino porque había aprendido a verla por sí mismo.

El rey Cosroes permaneció unos instantes en silencio.

Después se levantó de su trono.

—Acepto el desafío del rajá de Kanauj.

Una sonrisa recorrió el rostro de Mateo.

En ese mismo instante, el tablero comenzó a brillar con una luz tenue que solo él pudo ver. Era como una señal que le decía que su misión había terminado.

Mateo cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, ya no estaba en el palacio. Se encontraba otra vez frente a su tablero de ajedrez, en su habitación.

Todo parecía igual, excepto una pequeña pieza de madera.

Era un antiguo peón persa.

Mateo la tomó entre sus manos y sonrió.

Tal vez nadie creyera la aventura que acababa de vivir.

Pero cada vez que comenzara una nueva partida recordaría que, en el ajedrez como en la vida, las grandes victorias nunca pertenecen a una sola pieza.